

EL ESPECTADOR SEVILLANO

DEL MÁRTES 21 DE NOVIEMBRE DE 1809.

CONTINUA EL DISCURSO ANTERIOR.

Vemos pues, que la reunion de los diferentes poderes ó en una sola persona ó en una sola corporacion, ó en todo un pueblo, ocasiona males innumerables á las naciones. Evitar la tiranía ó el desorden es un suficiente motivo para que el primer paso de toda buena legislacion sea el dividirlos. Pero aun hay otras razones, independientes de esta, que exigen imperiosamente lo mencionada division.

La primera de todas es, que la potestad legislativa y la executiva, atendida su esencia, no pueden estar reunidas. ¿Que es la potestad legislativa? La facultad de ligar todas las voluntades con el vínculo de la ley. ¿Y como podrá hacerse en la operacion, la mas difícil de todas en un buen gobierno, sino despues de haber estudiado el caracter del pueblo, sus ideas y errores, y la influencia que la ley tendrá sobre la masa de los ciudadanos? Una ley es una máxima abstracta: y como tal, está sujeta al exámen y discusion que necesitan las verdades generales antes de establecerse. Una ley ya establecida produce un efecto general; y el bien ó el mal que ocasiona se extiende á toda la nacion y se propaga á una larga serie de generaciones. Bien pues, se considera la naturaleza de las leyes, bien sus efectos, su institucion debe estar sometida á un exámen, que nunca será bastante largo y reflexivo, y á frecuentes consultas y discusiones. Ningun cuidado es mucho, quando se trata de hacer feliz ó desgraciada una nacion con una sola frase.

¡Quan diferentes de esta marcha lenta y desconfiada de los legisladores debe ser el movimiento rapido y vehemen-



te del gobierno! El poder ejecutivo debe preveer todos los sucesos, todos los accidentes; y debe tener recursos preparados para todo. Sus deliberaciones deben ser muy anteriores á la ocasion en que se obra. Pero quando se mueve y presenta al mundo el espectáculo de la fuerza de una gran nacion puesta en exercicio, sus operaciones deben ser prontas como el rayo. Primero se debe ver el efecto que sentir la accion. Bien para repeler la violencia extraña, bien para acometer al enemigo en su propio pays, ya para sosegar las conmociones intestinas, ya para velar sobre el orden y tranquilidad de los ciudadanos, el gobierno ha de preparar los medios, proporcionar los recursos, evitar los peligros, superar los obstáculos con increíble celeridad. Si su movimiento es pausado é incierto, los enemigos de la nacion y del órden, ya externos ya interiores se valdrán de su descuido ó de su timidez para desconcertar los planes mas bien meditados y causar la ruina de la patria, ó aniquilar los esfuerzos que se hacen para su felicidad y su gloria.

¿Como pues se podrá encargar á una misma persona ó á un mismo cuerpo dos operaciones tan contrarias? Supongamos que el rey, á quien pertenece el exercicio del poder ejecutivo, tenga tambien la facultad de establecer leyes. Por ser una sola persona, tendrá todo el vigor, toda la energía necesaria para los movimientos rápidos que exigen la fuerza puesta en exercicio: pero ¿tendrá toda la madurez y prudencia que necesitan las leyes para su institucion? Acostumbrado á ser obedecido, y á ser obedecido con la mayor celeridad, ¿sufrirá las demoras, las objeciones, las consultas que deben preceder á la institucion de la ley? Porque ya prescindimos de las injusticias que á cada paso le hará cometer el capricho ó el interes de sus ministros. El rey no puede saberlo todo: bástale el peso inmenso de la administracion. Un monarca, que ambicione el poder de dar leyes, y que quiera que su voluntad exprese la de toda la nacion, no aspira á darlas buenas, sino útiles á sus intereses privados. Complicad los cuidados del gobierno con el estudio y trabajo necesarios para establecer un buen código, y abrumareis al monarca ó aniquilareis la nacion.

La única objeción que puede oponerse es que se pueden crear consejos que iluminen al monarca. Pero la dificultad siempre se queda en pie, el día que estos consejos no tengan la fuerza legislativa; si esta reside entera en el rey; ¿quien asegura á la nación de la firmeza y patriotismo de estos consejos, que no son responsables ante el público de la bondad ó injusticia de las leyes? ¿No es mas probable, que se dexarán ganar por los ministros ó por la ambicion y que favorecerán ó con un culpable silencio ó con una vil adulacion las disposiciones del monarca? Y si este encuentra oposicion en su consejo, ¿no es muy probable que ó no lo consultará, ó si lo consulta, será únicamente por conservar las formalidades y solo contará los votos de sus favoritos? Esto es precisamente lo que ha sucedido en España desde Felipe II. ¿De que han servido las frecuentes reclamaciones del consejo de Castilla contra los abusos del poder?

Los reyes las han olvidado, ó han reducido al silencio unos consejeros, que siendo nombrados por él, los debió creer adictos á su persona y operaciones, mas que á la justicia y al bien público. En fin, aun quando el príncipe y los consejeros obraran con justicia y patriotismo, siempre será cierto que el príncipe no debiera contentarse con los resultados de sus consultas: respecto á que él es quien ha de responder de la bondad ó injusticia de las leyes, él debe estudiarlo todo, examinarlo todo, juzgar de todo, y juzgar acertadamente. No debemos suponer en un solo hombre las luces, la probidad ni la fuerza necesaria para una operacion tan complicada, mucho mas quando este mismo hombre está encargado de una vasta administracion, que no puede dexarle lugar para el estudio y el examen de tan importantes objetos.

Abramos la historia de Francia desde que sucedió al feudalismo la monarquía absoluta, y no tuvieron los reyes mas freno que la incierta y precaria autoridad de los parlamentos. Debemos confesarlo en honor de estos cuerpos de magistratura: se opusieron repetidas veces á archivar (*enregistrer*) las leyes y reglamentos que juzgaban contrarios á la felicidad del reyno. Pero apesar de sus opiniones, los reyes insistian y su voluntad era irremisiblemente ejecuta-

da. No costaba al monarca más trabajo que transferirse á la sesion del parlamento y celebrar en él su *lecho de justicia*. Este acto despótico de autoridad convertia en leyes, que debian obedecer todos los ciudadanos, los reglamentos mas absurdos. Otras veces desterraba el monarca los parlamentos: otras los anulaba. En vano, en vano se oponen á la fuerza activa del gobierno corporaciones, cuya autoridad no está sancionada por la ley, y puesta al abrigo de todo insulto.

¿ Como han de creer los reyes que tienen autoridad para resistir á sus voluntades unos cuerpos, creados por ellos y cuyos individuos nombran? Solamente la eleccion nacional puede autorizar á sus representantes á hablar en nombre de todo el pueblo. Su voz, apoyada por la opinion pública é identificada con el voto universal de la nacion, será entonces respetada, y no temerá ni la opresion ni la venganza de los príncipes que se creen ultrajados, quando no se obedece el menor de sus deseos.

Se continuará.

NOTICIAS.

El ejército continúa en sus mismas posiciones de Sta. Cruz de la Zarza y demas puntos inmediatos: el mal tiempo subsiste entorpeciendo las operaciones que ya se habrian verificado sin este motivo. La tropa está entusiasmada y se debe esperar de qualquiera accion un feliz éxito. Va adelante el duque de Alburquerque; así como los movimientos de Parque siguen con rapidez para donde le está prevenido.

Los enemigos que están delante de Gerona pasaron el último del pasado á quemar los campamentos de Bruñolas: pero fueron rechazados.—La plaza continúa su defensa. El enemigo confia mas en la hambre que en la fuerza de las armas; y así sus fuegos no son tan continuos.—El 20 de Octubre entraron en Zaragoza 10 carros de heridos de resultas de la accion de Caspe. En aquella ciudad habrá como 12 franceses, casi todos enfermos. Los convalecientes hacen las guardias. Mueren muchos de tercianas.

CON SUPERIOR PERMISO.

EN SEVILLA EN LA IMPRENTA DE HIDALGO.